

ciudades bárbaras. Era aconsejar la parálisis, el hombre que pide á Dios alas para correr á salvar su casa que se incendia.

Al día siguiente Brissot en *El Patriota* hizo este elogio del discurso de Saint-Just: «Saint-Just trata la cuestión á fondo bajo todos sus aspectos morales y políticos. Desplega las facultades de su espíritu, filosofa, y honra su talento *defendiendo la libertad del comercio*. (Número 1.206, pág. 622).

Este elogio, obra insensata de un aturdido prodigado por el más importante de los hombres de la Gironda al adversario de Cambon, debió demostrar á éste que no podía esperar apoyo de la derecha. La reclamación del jóven orador fué acogida por él sin darse cuenta de que su discurso volvía de arriba abajo la piedra angular de la Revolución: el asignado. Conmover la fe apoyándola sobre una base de papel, haciéndola vacilar durante aquella crisis, cuando existían necesidades tan imperiosas y cuando en realidad no se proponían medios serios de sustitución, era una gran ligereza, una asombrosa ignorancia de la situación.

Triple falta. Robespierre quería una guerra pequeña, limitada; descorazonábale la gran guerra de la revolución universal. Saint-Just desgarró el papel que representaba esta guerra; inmovilizaba la tierra movilizada por el asignado, cortaba las alas á la Revolución. ¿Y qué decía á todo esto la Gironda? ¿Anatematizaba á la guerra y el asignado? ¿La Gironda? Cosa increíble, aplaudía.

Existía una rivalidad enfadosa, una envidia interior poco edificante. A los girondinos molestábales la vigilancia que Cambon ejercía sobre Clavieres su ministro de Hacienda.

Cambon, desligado de la Gironda, debía tomar un partido. O marcharse á los Jacobinos como Barere, someterse á Robespierre, subordinar los asuntos á las palabras y pedir consejos á la ciencia de Saint-Just, ó pasar por encima de todo esto, precipitar más allá del jacobinismo el carro de la Revolución, empujar la guerra y reglamentar la conquista de modo favorable á la Revolución.

No se dirigió ni á la Gironda ni á la Montaña, si no á la Convención, y contrariamente á las ideas de Robespierre, propuso el 15 de Diciembre el grande y terrible decreto de la guerra revolucionaria, de la conquista, ó mejor dicho, de la liberación.

Nadie se opuso.

La Revolución habló esta vez por si misma. Era el segundo golpe de trompeta que sonaba en el mundo.

El 18 de Noviembre la Convención proclamó la guerra política diciendo que apoyaría á toda nación que quisiera la libertad.

Y el día 15 de Diciembre dió á la guerra un carácter social, como de defensor del pueblo, de los pobres en toda la tierra, renovando los gobiernos por medio del sufragio universal y finalmente (Cambon lo dijo) en todo país invadido donde se tocara á somatén.

El documento escrito por él en nombre de los comités (Hacienda,

Diplomacia y Ejército), es un manifiesto solemne, el testamento eterno que la Francia legó al porvenir, no por un acto accidental: por actos que revelaban el poder de Francia cuando esta despertaba y volvía en sí. Este manifiesto es la negación del viejo régimen: «Cuando la Francia se levantó en el 89, dijo: *Todo privilegio de los menos es una usurpación; anula y sepulta cuanto se creó sobre el despotismo por un acto de mi voluntad*. He aquí lo que deben hacer todos los pueblos que quieran ser libres y merecer la protección de Francia.

«Por ella misma, por sus efectos allá donde penetre, débese declarar francamente *poder revolucionario*, sin disfraz alguno, tocar á somatén... Si no lo hace así, si con palabras disfraza los actos, los pueblos no tendrán fuerzas para romper sus cadenas... Ved ya á Bélgica. Vuestros enemigos han triunfado, se presentan amenazadores, hablan de Vísperas sicilianas. Vuestros amigos están abatidos; han llegado aquí temblorosos y tímidos, sin ni siquiera el valor de confesar sus principios y os tienden las manos diciéndoos: «¿Nos abandonareis vosotros?»

«No; no es de este modo como debe proceder la Francia. Cuando los generales penetran en un país, deben conciliar, unir al pueblo, nombrando jueces, autoridades interinas, administradores provisionales, una autoridad nueva que destruya y aniquile á la vieja... ¿Queréis que vuestros enemigos continúen á la cabeza de los asuntos? Es preciso que los *sans-culottes* participen en todas partes en la administración. (Trueno de aplausos).

«Nuestros generales deben garantizar las vidas y asegurar la propiedad. Pero las del Estado, las de los príncipes y sus satélites, las de las comunidades laicas ó eclesiásticas deben monopolizarlas (es como la fianza de los gastos de guerra), no entre sus manos, si no entre las de los administradores que nombrará el pueblo libertado.

«Deben suprimir toda servidumbre, todo privilegio, los derechos feudales, los diezmos, los impuestos tradicionales. Si son necesarias las contribuciones no es á nuestros generales á quienes corresponde establecerlas; es á los administradores accidentales, á vuestros comisarios, que las deben implantar sobre los ricos solamente; el indigente no puede pagar. Nosotros no somos agentes del fisco. Nosotros no venimos á vejar la población.

«Asegurad los pueblos invadidos; garantizadles solemnemente que jamás trataréis con su antiguo tirano. Si hay algunos cobardes que se confabulen con él, la Francia les dirá: «*Fuera, vosotros sois mis enemigos!*» Ella los tratará como tales.»

Ni Robespierre ni nadie osó hacer una objeción. No podía disimular después que un decreto de esta naturaleza declarando la guerra revolucionaria, social, la declaraba universal.

La Francia declarábase institutriz de los pueblos jóvenes, encargábase de sostener á los pueblos en el camino de la libertad. Fióse Francia

de sí misma, de su gran independencia. No creía que los esclavos debilitados por una larga prisión, con las carnes surcadas por las cadenas, parpadeando bajo la luz del sol que de repente hiere su vista, estuvieran en estado de luchar solos contra la astucia y la fuerza del viejo mundo conjurado. Temía con razón que se acobardasen y se arrojasen de nuevo asustados en el mundo de las tinieblas y de la muerte. Francia gritaba con voz tonante: «¡Vivid para vosotros mismos, para vuestra libertad. Si os amais preferid antes la muerte que la pérdida de vuestros derechos. Yo no os perdonaría jamás!»

Ninguna objeción se hizo. Solamente presentóse una adición muy razonable expuesta por la Gironda. Buzot pide y obtiene que en cada país invadido, *los nobles, los miembros de las corporaciones privilegiadas no puedan ser elegidos entre los nuevos administradores*, con exclusión momentánea después y limitada á la primera elección.

Otro girondino, Fontfrede, quería (cosa notable en un diputado de Burdeos) que se excluyera á los «banqueros, á los capitalistas, todos enemigos de la libertad.»

Muchos amigos de Robespierre, no osando atacar en general el manifiesto de Cambon, se indemnizaron combatiendo la adición de Buzot. Pero Rewbell y otros de la Montaña más razonables la apoyaron, demostrando por los hechos que si Bélgica iba mal era precisamente porque en las primeras elecciones nombró á nobles, aristócratas y curas. Constituyó á los lobos en guardas de los corderos.

El decreto del 15 de Diciembre desplegó al viento la verdadera bandera de la Francia sobre todos los partidos. Si alguien ha podido dudar, con solo mirar á tal club, á tal Asamblea podría convencerse de lo que pensaba el gran pueblo, el país. Se estremecía entero sintiendo la necesidad suprema que llegaba de lo alto. El nuevo manifiesto era el de la cruzada para la liberación de todos los pueblos; anunció á los tiranos que Francia partía para salvar la tierra... ¿Cuándo terminará tal situación? ¿Cómo se detendrá? Es imposible adivinarlo.

Pero si la Francia se estremecía, estremecíase también todo el viejo mundo. Previeron nuestra audacia, pero no hasta tal extremo. Advirtió con terror que Francia llamaba á la alianza universal tribus sin nombre y sin número, infinitas como el polvo, como el polvo arremolinadas. Era la evocación de una creación inferior, olvidada, muda que, á la voz de la Francia, salió de las sombras de la muerte.

Inglaterra arroja su antifaz hipócrita, convencida de que para nada sirve. Se arma.

Este gran golpe cayó como un plomo sobre Holanda y Bélgica. ¿Qué sobrevendría á Inglaterra si la costa de enfrente, cuya anulación hizo la grandeza británica, resucita al soplo de la Revolución?

Dumouriez y sus aliados los banqueros y los curas iban de cabeza. ¿El ambicioso general había recibido los golpes de los decretos? No, recibió puñetazos. Antes de ser César se encontró á Bruto.

Con el decreto del 15 de Diciembre recibió uno del 13 que defendía á los generales de presentar cuenta alguna. Creaba ordenadores cerca de estos, los cuales no ordenaban nada antes de informar al ministro y el ministro después rendía sus cuentas á la Convención. El ministro era á la sazón Pache, un exámito de Roland, convertido á los Jacobinos y que poblaba sus salones de Jacobinos solamente.

Toda esta pureza cívica no impedía que la Convención, desconfiada con el general, no lo fuera con el ministro. Un ministro que rindió sus cuentas por semanas fué destituido.

Así Cambon, sobre fijar y por decirlo así, entregar el gran gobierno de la guerra en las manos de la Convención, no le permite ser confiada ni de un lado ni de otro. La Gironda se hubiera fiado de Dumouriez, la Montaña de Pache; el ministro Jacobino.

El condujo á la barra á los amigos de Dumouriez, grandes potencias en dinero que creían hacerlo todo en la mayor impunidad. Después los espulgó, escudriñó hasta lo más recóndito. Cambon decía que uno solo, un abate gascón, sobre las subsistencias suministradas al ejército había realizado la ganancia moderada y honesta de 21.000 francos diarios.

Dumouriez tenía cerca de sí á Danton en Bélgica cuando recibió este profundo golpe, del decreto del 15 de Diciembre. Presa de gran consternación se lo enseñó á Danton y le pidió su opinión: «Lo que yo pienso, dijo Danton, es que yo soy el autor.»

Es una gloria duradera la de Danton la de haber si no hecho, al menos sostenido la gran medida revolucionaria que Cambon firmaba con su nombre. Este, en sus apremios por hacer economías algunas veces mal entendidas, había favorecido demasiado á los enemigos de Danton, pidiéndole á éste unas cuentas imposibles. Indudablemente debió el decreto á su gran influencia en la Convención. Los dantonistas al votar el decreto del 15 de Diciembre fueron aplaudidos por el pueblo. Si los robespierristas hubiesen votado en contra hubieran arrojado una extrema impopularidad.

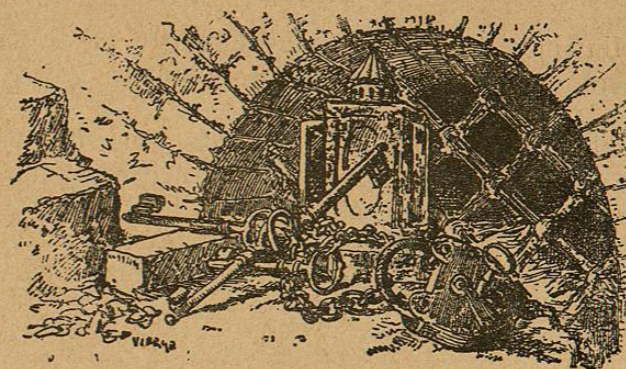
Fuó enviado un ordenador general para que vigilara á Dumouriez, siendo escogido entre los *exaltados* que Robespierre hizo atacar en Octubre en la sociedad de los Jacobinos. Era un íntimo amigo de los hombres de la Comuna y su futuro general el poeta y militar Rousin. Robespierre más tarde lo hizo guillotinar. ¿Fué elegido con el consentimiento de Cambon? Sin ninguna duda. Si fué así debemos creer que el violento dictador de la revolución agraria, desligado de la Gironda, atacado por los Jacobinos, no tuvo escrúpulos en buscar aliados en lo más profundo de la Montaña, por encima de Robespierre, fuera de la Montaña misma y de la Convención.

Cambon entonces se sentó en la izquierda, casado, sin esperanzas de divorcio, decidido á seguirla á todas partes, no solo hasta la muerte del rey (que yo creo le costó poco) si no á todos los extremos, incluso á

las últimas miserias del 93. Lo aguanta y lo sufre todo excepto el 31 de Mayo que le arranca el corazón. Esto no lo perdonó nunca.

El arrastró á la Montaña el 15 de Diciembre y él á su vez fué arrastrado. Mató al rey con la Montaña creyendo que rompía los obstáculos que detenían á la Revolución agraria, impidiendo que se desbordara. El rey parecía el límite, la barrera. Muchos creyeron que era imposible repasar la frontera como no fuese sobre su cadáver; que hacía falta un sacrificio humano, un hombre inmolado al dios de las batallas.

La autoridad y el ejemplo de quien representaba la revolución agraria debieron pesar mucho. Esta revolución no sangrienta hasta ahora, distinta de aquel drama, se convirtió en su auxiliar; la venta se envolvió en el proceso, creyéndose garantida con la condenación del rey; el asignado parecía asirse á la cabeza de Luis XVI.



CAPITULO VII

El proceso.—El rey en el Temple.—El armario de hierro (Noviembre-Diciembre 92)

El proceso del rey debió ser el de la realeza.—Opiniones de Gregorio y Tomás Payne. La Montaña y la Comuna cometen la imprudencia de excitar la piedad.—Estado de la familia del rey en el Temple.—Gastos considerables para los prisioneros.—Cómo se alimentaba el rey.—Interés que la Comuna demuestra á los servidores de Luis XVI.—Qué crédito merece la leyenda del Temple.—Documentos que el rey tenía en el armario de hierro.—Roland se incauta de los papeles y se los lleva.—Estos documentos no acusan casi más que al rey y á los curas.—Se reanuda el proceso el 9 de Diciembre.

Una vez acordado el proceso, solo á una cosa debíase aspirar para Francia, para el género humano, y es que, dándole toda su grandeza, no significara la sentencia de un individuo, si no la condenación eterna de la institución monárquica.

Conducido así este proceso tenía una doble utilidad: la de *reemplazar la realeza donde se encontraba verdaderamente*, en el pueblo, haciendo constar el derecho de éste y de comenzar para él el ejercicio de sus facultades en toda la tierra; por otra parte, *someter á la luz* el ridículo misterio del que la humanidad bárbara ha hecho durante muchos siglos una religión, *el misterio de la encarnación monárquica*, la peregrina teoría que supone un pueblo sabio concentrado en el cuerpo de un imbecil,—gobierno de la unidad que se llama, como si esta pobre cabeza no fuera ordinariamente el juego de mil influencias contrarias que se la disputan.

Hacía falta que la realeza fuese sometida á la luz del sol, abierta para que el pueblo viera dentro del ídolo carcomido la dorada cabeza llena de insectos y gusanos.

La realeza y el rey debían de ser útilmente condenados, juzgados, puestos bajo el cuchillo. ¿Debía este caer? Esto ya es otra cuestión. El, confundido con la institución muerta, no es más que una cabeza de ma-